

PROBLEMÁTICA GENERAL DEL HIERRO EN OCCIDENTE

J. Maluquer de Motes (±)

La prehistoria europea desde sus primeros momentos destacó la importancia del conocimiento del hierro en el desarrollo de la cultura humana y bautizó con el nombre de Edad del Hierro uno de sus períodos. Concretamente el que culminaba la evolución de las tecnologías prehistóricas y daba paso a las civilizaciones propiamente históricas. En ese aspecto la Edad del Hierro completaba el ciclo que se había tomado de modelo para poder historiar los tiempos prehistóricos. Edad de la Piedra, de Los Metales (Bronce), Hierro.

El esquema ciertamente teórico partía de la ingenua creencia en una evolución técnica y cultural, de lo sencillo a lo complejo para lo cual se consideró que la técnica de la obtención del hierro venía a ser la máxima culminación del desarrollo milenar de la minería y de la metalurgia. En realidad no se tuvieron en cuenta otros aspectos de mucha mayor importancia como por ejemplo que la utilización de bronce, sin contar aspectos técnicos, exigía un tipo de estructuras sociales y políticas de alto nivel y de mucho mayor peso en el desarrollo de la civilización humana que el simple proceso técnico que representaba la producción de aquel nuevo metal.

Probablemente en el momento de acuñarse el término de Edad del Hierro no se tuvo verdadera conciencia de que se superaban decisivamente los tiempos prehistóricos y se entraba en una protohistoria que se caracterizaba por la crisis de valores tradicionales arraigados de tipo social, político, económico y religioso más que milenarios. Ahí es el interés que ofrece esta etapa en todos y cada uno de los territorios europeos. Por lo mismo una reunión como la presente centrada en la problemática de la Edad del Hierro en La Meseta tiene una plena actualidad.

La profundización de cualquier tema concreto en un área geográfica determinada habrá de tener en cuenta el conocimiento, más o menos firme, del mismo tema en las zonas periféricas, en su entorno, por lo que no parece superfluo iniciar los estudios que vamos a realizar aquí con unas meditaciones y reflexiones propias en voz alta sobre consideraciones generales del hierro en la Península.

Para empezar recordaremos que los análisis generales que aún predominan en la bibliografía actual parten de una tradición rígidamente difusionista que en muchos aspectos puede no ser tan real y absoluta como se cree. En todo caso hemos de rechazar *a priori* los términos habituales de «invasión», «imposición» que tienden a resolver problemas antes de plantearlos, y cuyo uso es, a menudo, abusivo.

Son necesarias dos consideraciones previas. En primer lugar que los minerales susceptibles de transformarse en hierro son más numerosos y ocupan una mayor extensión (5%) de las tierras emergidas que los utilizados para la fabricación del bronce. Esos minerales en parte por lo menos eran conocidos (ocres) y utilizados por el hombre para otros fines como para la pintura, ritual o profiláctica y en todo caso estética desde tiempo inmemorial.

En segundo lugar el hecho real de que técnicamente la producción de hierro no tiene dificultades superiores a la producción de bronce, al contrario, es más sencilla y precisa de menos condicionamientos. Cualquier metalúrgico de la Edad del Bronce puede producir hierro sin dificultad alguna. Si antes no se utilizó hay que buscar las causas no ciertamente en el campo de la tecnología. Con estos antecedentes es preciso distinguir entre el uso del hierro, metalurgia del hierro y Edad del Hierro.

El desarrollo del hierro en la Península condiciona lógicamente su aparición en la Meseta norte y de entrada ha de plantearse una cuestión. ¿El uso del hierro (no el de origen meteórico naturalmente), pudo ser en algún punto de la Península fruto exclusivo del desarrollo de una tecnología local? ¿Es consecuencia de una acción comercial de importación? o es un redescubrimiento a partir del conocimiento de su existencia y uso?

Panorama general

Pueblos históricos mediterráneos incorporados plenamente a la economía del hierro entran en contacto directo y real con pueblos indígenas occidentales anclados en una economía típica de la Edad del Bronce. Los contactos se efectúan con una antigüedad mínima que podemos cifrar alrededor del año 1000. Nos referimos naturalmente a fenicios y griegos sin entrar en la problemática de las respectivas cronologías. En ambos casos hallaremos atestiguado en las fuentes aunque para un momento más avanzado no sólo el uso normal del hierro sino su interés comercial con signo inverso. Para los griegos es objeto de exportación, de venta, es una mercancía más para distribuir. (Hom. Odisea). Los fenicios lo importan de Tarchich al igual que la plata, el estaño o el plomo (Ez. 27.12).

Existe por consiguiente un amplio frente de contacto con Occidente desde el Pirineo al Atlántico en que se produce el contacto entre pueblos que conocen el hierro y pueblos indígenas que no lo conocen o en todo caso no lo producen. Por otra parte existe otro frente, esta vez terrestre, representado por el Pirineo en el que diversos pueblos pueden haber conocido o no al hierro sin contacto obligado con el frente marítimo mediterráneo mencionado. Estos pueblos, relacionados en muchos casos con complejos culturales de Urnenfelder que se atribuían a un Hallstatt A o Hallstatt B aparecen al sur de los Pirineos bien asentados antes del año 1000 que hemos tomado como punto genérico de referencia cómoda. La cronología absoluta medida por C 14 en Lérida lo establece.

Si estas poblaciones utilizan o no objetos de hierro es de momento incierto. Las excavaciones de la gran necrópolis de Agullana tanto las antiguas como las inéditas recientes de P. Palol parecen confirmar positivamente el uso del hierro desde su primer momento dato válido en todo caso para el Nordeste peninsular.

El valle del Ebro

El problema del hierro en el valle del Ebro reviste unas características especiales. Es cierto que tradicionalmente se consideraban de la Primera Edad del Hierro aquellos elementos que en uno u otro modo se podían paralelizar con complejos norte pirenaicos (hallstáticos, campos de urnas, de túmulos, etc.) No se diferenciaban realmente de una fase que pudiera calificarse de Bronce final o Bronce avanzado. Bien es verdad que se reservaba el Bronce final para reunir una serie de hallazgos de depósitos de bronce cuyo contexto «humano» era prácticamente ignorado. Se partía del principio de que no se podía separar de una larga evolución indígena un periodo con suficiente personalidad en el BF que debiera intercalarse entre la tradición eneolítica diferida y la llegada de incineradores centro europeos caracterizados por unas cerámicas características, fáciles de detectar por sus galbos o por sus decoraciones acanaladas. Esta posición se aplicaba en particular a la Narbonense y fue defendida por el infatigable Ph. Hélena que prácticamente llegó a suprimir y negar la existencia de una Edad del Bronce.

P. Bosch Gimpera en su sistematización general consideraba para Catalunya una etapa de cerámicas lisas y carenadas posterior al eneolítico como paralelas a la cultura del Argar y post Argar que llenaban prácticamente una Edad del Bronce, posición análoga a la de M. Tarradell cuando acuñó el concepto de Bronce valenciano al valorar un argar ceñido a un territorio muy limitado que pudiéramos llamar epónimo.

La falta de concreción de una verdadera Edad del Bronce fue planteada en el I Congreso Arqueológico Nacional de Almería en 1949 por M. Almagro que promocionó una homologación con el Occidente de Europa en base a la terminología anglosajona como reacción a la división dual de Bronce Atlántico-Bronce Mediterráneo de J. Martínez Santa Olalla adoptado por los seguidores de su Escuela. Una Comisión del Congreso aceptó la denominación de Bronce I para el contenido del término tradicional de Eneolítico para los Países Mediterráneos y Portugal. Durante una generación se mantuvo esa terminología que en realidad no definió claramente un Bronce final o pleno que en realidad continuó englobado en el término de Primera Edad del Hierro.

Nosotros iniciando la valoración de datos dispersos del valle del Ebro (Catalunya-Navarra principalmente) observamos la presencia intrusiva de cerámicas carenadas con asas de apéndice de botón que apa-

recían en fase tardía de la cultura megalítica pirenaica principalmente de la Cerdeña y Alto Urgel o sea la Cuenca del Segre. Se añadían cerámicas polípodas, la sustitución de las puntas de flecha de sílex por las de hueso, con o sin aletas, aparecían las primeras hachas de bronce de rebordes realzados, y en definitiva la presencia al sur del Pirineo de los primeros braquicéfalos, y valoramos la realidad de una etapa de la Edad del Bronce que consideramos consecuencia de verdaderas infiltraciones del norte del Pirineo realizadas principalmente por prospectores mineros. Los respectivos yacimientos de Riner en Lérida y Urbiola en Navarra aseguraban una amplitud suficiente para definir un período. Por otra parte esas innovaciones correspondían a poblaciones inhumadoras que en muchos casos utilizaban incluso los mismos monumentos megalíticos aunque con la tendencia a su sustitución por meras cistas (Mig Aran).

La incineración en Cataluña-Navarra continuó considerándose característica, definidora de la Edad del Hierro con continuidad ininterrumpida hasta un siglo VI, con los primeros elementos ibéricos, y continuando hasta la romanización con escasas excepciones.

De la primera etapa (hasta el siglo VI) se han intentado diversas y repetidas subdivisiones. Las tres fases que aplicamos nosotros a la necrópolis de Agullana, las efectuadas por S. Vilaseca y aún las más modernas de Almagro Gorbea. Todas ellas son de escaso valor por su gran subjetividad y a la vez por basarse en materiales de necrópolis y no en horizontes estratigráficos de asentamientos o poblados. Como algunas necrópolis mejor excavadas como la de Agullana documentaban la normal utilización de hierro, todo el bloque atribuible a las invasiones incineradoras continuaron agrupándose en una primera Edad del Hierro. No se planteó en realidad si el hierro utilizado era consecuencia de unos productos manufacturados obtenidos por comercio de intercambio con comunidades más avanzadas o contactos p.e. con el norte de Italia etc. o señalaban una fabricación local directa.

Más tarde el mejor conocimiento de la prehistoria occidental en particular centro europea fue separando lo que se agrupaba en los dos primeros períodos, Hallstatt A y B de los Hallstatt C y D para los que se definía finalmente como Edad del Hierro manteniéndose los dos primeros dentro de una Edad del Bronce utilizaran o no algún objeto de hierro. Al propio tiempo el progreso de las excavaciones en Mailhac y en las necrópolis de sus alrededores que parecían poder paralelizarse con las sucesivas fases del oppidum, ofrecía por primera vez la posibilidad de ob-

tener junto a una cronología relativa más amplia materiales de importación mediterránea susceptibles de obtener una cronología absoluta.

En muchas necrópolis que no ofrecían armas el hierro era difícil de documentar y su presencia o falta no se subrayaba. Pronto se creó un clima revisionista propicio para ahondar la separación de un período de *BF* desgajando unos yacimientos si y otros no, (siempre necrópolis). El único poblado con amplia estratigrafía, La Pedrera por la obligada limitación del área excavada no era concluyente, pese a sus 9 potentes estratos superpuestos. Los materiales mostraban escasa variedad hasta baja época. Se planteó la revisión del yacimiento por E. Junyent pero aunque en parte los resultados están inéditos, no parece que existan grandes variaciones aunque si una mayor antigüedad absoluta que la que le atribuimos en 1958 que permite suponer la existencia de la Base *BF* sin que pueda admitirse un cambio importante. Ya en 1971 en el volumen de Homenaje al Prof. Hawkes habíamos reestudiado la estratigrafía de La Pedrera con la misma tendencia.

Hoy el panorama tiende a aclararse definitivamente gracias a los numerosos trabajos en poblados del Segrià llevados a cabo por los arqueólogos agrupados en la Delegación universitaria de Lérida dirigidos particularmente por E. Junyent y los que lleva a cabo el Prof. Maya de la Universidad Autónoma de Barcelona. Los trabajos, prácticamente inéditos, permiten nuevos planteamientos válidos para Catalunya.

El yacimiento que por su situación y potencia estratigráfica ofrece quizás mayor interés para el tema en el centro del valle del Ebro es el de Cortes de Navarra. Hace 25 años realizamos amplios estudios principalmente de los estratos superiores. Habíamos observado que tanto las dos fases del poblado superior Cortes Ib y Ia y los dos inmediatos inferiores Cortes IIb y IIa correspondían sin la menor duda a la Edad del Hierro como ya había puntualizado su primer excavador Blas Taracena.

Se trataba no sólo de la presencia de hierro manufacturado por todas partes sino de la producción directa de una metalurgia de hierro partiendo de minerales locales (hematites) cuya procedencia del Moncayo inmediato no ofrecía duda alguna. Se documentaba el mineral en bloques de varios kilos precisamente junto a un horno utilizado para fundir bronce, con fragmentos de dos lingotes de ese metal. La industria de bronce local quedaba perfectamente identificadas con la leve duda de si correspondería a la fase *a* o ya a la *b* del poblado de Cortes II. La destrucción de ese poblado corresponde al siglo VI.

La coexistencia de una metalurgia de bronce y a la par de hierro adquiere el máximo interés, pero si ese momento representa un cambio importante que justifique hablar de período de Bronce final y de Primer Hierro quedaba incierta. Los estratos inferiores que corresponden a Cortes III y posibles anteriores eran muy mal conocidos. Fragmentos cerámicos sueltos algunos decorados con acanalados anchos de tradición vieja figuraban como de estratigrafía incierta, en estratos superficiales en horizontes superiores. En ningún caso se ofrecían en conjuntos seguros puesto que las campañas de excavaciones de 1951 no se realizaron con excesiva preocupación estratigráfica.

Para poder aclarar precisamente el problema de la BF y Primer Hierro hemos emprendido de nuevo excavaciones el pasado invierno y los primeros resultados cuya memoria se halla ya en prensa para aparecer el próximo mes de septiembre, parece favorecer realmente un cambio de cultura material en las cerámicas con modificación de perfiles y decoraciones pero no un cambio que permita separar radicalmente ambos períodos puesto que por ejemplo existe una gran continuidad de estructuras arquitectónicas, planteamiento y distribución de la casa mientras aparecen modificaciones en ciertas tradiciones hogareñas como algunos hogares. Es prematuro una deducción definitiva que esperamos ofrezca la próxima campaña de excavaciones ya previstas.

El frente catalán mediterráneo y el Bajo Ebro

En realidad ante las dificultades que hemos visto para aquilatar con plena objetividad ese cambio BF-HI, hemos de orientarnos a la valoración del comercio mediterráneo que pueda ofrecernos suficientes materiales de importación susceptibles, por la influencia ejercida, de documentar ese cambio.

Es bien conocida la presencia griega en Massalia y la inmediata (de no ser anterior) Emporion a partir de 600. Desde ese momento los griegos focenses recorren las costas catalanas y entran en contacto con la población indígena que practica exclusivamente la incineración. Desde hacía cuatro siglos por lo menos había excluido todo otro ritual funerario. Para nosotros sin embargo existe con anterioridad un contacto mediterráneo que la tradición literaria remonta a siglo y medio anterior, quizás dos siglos. Nos referimos a griegos del Este oriundos de la isla de Rodas a los que se atribuye la fundación de la factoría de Ronde

en el golfo de Rosas con anterioridad a las Olimpíadas según Estrabón. Estos griegos del Este y concretamente los rodios aparecen en realidad en amplia conexión con los fenicios e incluso el carácter mixto de la población en alguna de sus ciudades está bien documentado arqueológicamente.

No vamos a discutir ahora los problemas de esos contactos anteriores a los focenses pero hay que tenerlos en cuenta. Ambos responden en realidad a la vivencia y continuidad de la ruta marinera micénica o aquea hacia occidente hoy tan bien documentada en Italia, Sicilia y Cerdeña a las Baleares y a nuestras costas de Levante. Aunque conocemos el desarrollo fenicio mayormente hacia el Estrecho, como corresponde estrictamente a unos objetivos bien conocidos desde época aquea.

En yacimientos costeros e incluso hacia el interior se documentan materiales que nos hablan de un comercio que utiliza no sólo la bocana del Ebro sino la misma ruta fluvial (ánforas de base hueca, hombro, sin cuello y boca sobreelevada que constituyen los primeros envases fabricados a torno que pueden documentarse en la zona. Esas ánforas que daran nacimiento a las ánforas ibéricas más específicas, son de una tradición absolutamente oriental cuya introducción al occidente no puede menos de ser atribuida a los fenicios como prueban los hallazgos fenicios en la costa malagueña. Pero la presencia de esas ánforas no presupone necesariamente presencia fenicia. Su tamaño mucho mayor que los prototipos originales bien documentados algunos incluso de barniz rojo hablan de una producción occidental ya muy extendida en el siglo VI al que corresponden los ejemplares catalanes más antiguos. Esas ánforas por sí mismas y pese a su tradición de origen, por su utilización durante siglos no ofrecen aún una escala cronológica absoluta y suficiente, sólo una orientación de tipo antiguo o normal y no pueden ser indicación concreta de presencia de fenicios ni de tales o cuales griegos.

Otros elementos cerámicos de importación son más precisos y es más fácil su atribución a fenicios como la botellita de cerámica gris de la incineración Tx de Mas de Mussols (con escarabeos), o griegos como el aryballo de la misma incineración junto a su imitación indígena.

En realidad podemos documentar con importaciones una cultura paleoibérica en el bajo Ebro que aparece ya en la primera mitad del siglo VI en la que hallamos la plena utilización del torno, de la cerámica ibérica pintada (con bandas) y el amplio uso del hierro. Parece que podemos sospechar un proceso rápido

de formación anterior que quizás alcanzara el siglo VII, aunque de hecho se manifiesta a partir de la presencia de unos griegos franceses cuya relación en el SE y el Estrecho se halla plenamente documentado en las fuentes (Herodoto) en el último tercio del siglo VIII (Relaciones con Tartesos). Para el problema del hierro, toda la documentación catalana procede prácticamente de las necrópolis costeras o poco alejadas hacia el interior Can Canys de Vendrell, Perelada, Mas de Musols (Tortosa), Oriola (Amposta) Mas de Mianes (Santa Bárbara), Solivella, etc.

Todas esas necrópolis (algunas de las cuales han sido fechadas demasiado bajas siguiendo una tendencia de hace unos años hoy ya superada), representan el uso masivo del hierro por la gran cantidad de armas (lanzas, espadas, etc.) e incluso muchos otros objetos como las fíbulas). Pero ¿la producción inicial de todo ese armamento debe considerarse como producto de fabricación local o será de importación?

Nosotros creemos que se trate de unas importaciones debidas al comercio emporitano que pudo estar además en conexión con la propia Ibiza. La extraordinaria uniformidad de la tipología de útiles y armas (cuchillas, puntas de lanza de dos clases, soliferrea, etc.) nos inclina a valorar esos útiles inicialmente como importaciones. Por otro lado la gran extensión de los mismos tipos y su perduración habla también a favor de la importación de unos tipos de amplia utilización por el Mediterráneo occidental en un momento sin duda anterior a la aparición y extensión de las falcatas por ejemplo. Nos seduce atribuir su importación a los griegos por la concreta cita de Homero que nos indica que el hierro era materia de exportación para los griegos que buscaban el bronce.

Hemos insistido recientemente en valorar una industria de joyería y bisutería de bronce claramente de inspiración griega, posiblemente emporitana, con centro de producción incierto (Ampurdan, Bajo Ebro?). Esa industria que fabrica hebillas de cinturón, pasadores, fíbulas de doble resorte, fíbulas de ballestas y pie alto, broches circulares, collares, cadenas torques o mejor gargantillas, etc. se inspira muchas veces en la tipología usual en Sicilia (Finochito) y en Etruria. Esa industria con unos procedimientos técnicos simples (moldes) utiliza otras técnicas importadas como el plateado y el dorado que difícilmente podemos considerar indígenas. Los productos de esa industria se difunden al norte del Pirineo en dirección oeste (Garonna hacia Aquitania) y por el sur del Pirineo siguiendo la ruta fluvial del Ebro para alcanzar la Rioja navarra y la Celtiberia propiamente dicha donde los ti-

pos importados serán fabricados pronto por los paleo-celtíberos e influirán enormemente en la industria broncínea posterior. También esos productos se difunden por la costa hasta el Guadalquivir y el Atlántico hallándolos incluso en Alcacer do Sal. Esa ruta comercial del siglo VI avanzado es sin duda una típica ruta focense. Los materiales de esa industria aparecen masivamente en las necrópolis paleoibéricas mencionadas.

Es probable que su centro inicial de producción sea Ampurias, pero de momento queda mal documentado. Sin duda el Bajo Ebro es otro de los centros de producción sino el único. Sin embargo atribuimos esa industria sin la menor duda a los focenses ampuritanos como empresarios.

El que creamos que uno de sus centros de producción más importante sean las bocanas del Ebro, se deriva de unos argumentos que estamos investigando a través de 100 análisis espectrográficos de esas piezas, que nos muestra la utilización de un mineral con un alto porcentaje de plata. Al sur de Catalunya existen exploraciones importantes de minerales de plata y plomo desde la zona de Escornalbou hasta Tivissa. Algunas minas son explotadas hasta nuestros días.

Ese argumento se halla en curso de investigación y sólo puede hoy aceptarse como una hipótesis de trabajo, pero esperamos en breve poder obtener conclusiones importantes que la premura de esta reunión no permite ofrecer en detalle. No olvidemos sin embargo que en esa zona aparecerá DERTOSA ilercavonia uno de los núcleos urbanos más viejos de Catalunya. El rápido crecimiento de un núcleo urbano presupone necesariamente una gran concentración de riqueza y un elevado nivel de vida indígena que desgraciadamente no conocemos aún por falta de excavaciones en los grandes poblados ibéricos de la zona en época arcaica.

Nosotros interpretamos esa industria focense como una *oferta comercial* instaurada por los ampuritanos para facilitar inicialmente una relación con los indígenas introduciendo unos productos de fantasía. Se pretendía estimular una moda barroca y llamativa a través de la cual establecer unos niveles de demanda que aseguraran una amplia clientela para sostener un comercio amplio y duradero de mayor volumen. Creemos que se pensó primordialmente en armas de hierro, cerámicas áticas y quizás telas de fantasía, etc. La arqueología nos demuestra la eficacia de esas previsiones de excelentes comerciantes, pues vemos que los indígenas responden a esas incitaciones. Así la vajilla griega ática se incorporará como necesidad imperiosa en la cultura material indígena. El afán de un buen

armamento de hierro también. Cualquier varón incorporará a su propiedad privada un formidable armamento. La influencia ejercida es enorme y orienta toda la producción íbera posterior sea de hierro como de cerámica. El éxito a corto y largo plazo se observa durante todo el siglo VI y V y garantiza incluso la rentabilidad de producciones en parte griegas y occidentales como algunas cerámicas de barniz negro imitaciones precampanienses y luego más tarde campanienses.

Desde muy pronto los productos de esas industrias acompañados de un instrumental de hierro se extienden desde el Bajo Ebro y remontan la cuenca del río. No sabemos bien aún los mecanismos de esa extensión, si deben atribuirse a la acción aislada de comerciantes griegos intrépidos que remontaban el río o fue debido a la extensión de grupos humanos indígenas más o menos relacionados con complejos urnenfelder. De ser así esos pueblos pese a su tradición del Bronce, deben considerarse ya de la Edad del Hierro.

El contacto con la riqueza férrica del Moncayo y la facilidad de su extracción da pie al nacimiento de la primera industria indígena en la ribera navarra y ámbito celtibérico que a nuestro juicio habrá de influir decisivamente en la introducción del hierro en la Meseta norte. Las excavaciones de Cortes de Navarra indican que a partir de los poblados Cortes IIa y Cortes IIb el hierro se fabricaba localmente. Aunque no tenemos aún datos de cronología absoluta para ese momento y por ello hemos reemprendido excavaciones en dicho yacimiento. Tenemos la impresión de que la fabricación del hierro debe aceptarse por lo menos en la segunda mitad del siglo VI.

El área fenicia del sur de la Península

Hemos de plantear también la problemática del hierro occidental en el sur de la Península y la posibilidad de que el hierro y su fabricación alcanzara también la meseta norte desde el sur, desde Andalucía.

La presencia fenicia en el sur de la Península presupone el contacto también de un pueblo histórico de la Edad del Hierro como el fenicio, con unos pueblos indígenas occidentales que vivían de la tradición anterior clasificada de la Edad del Bronce. Sea cual fuera el favor que otorguemos a la tradición gaditana sobre su fundación y antigüedad, es indudable que el conocimiento y uso del hierro no constituía para los fenicios ninguna novedad aunque si una necesidad. Era un material habitual y necesario para múltiples apli-

caciones. Era sumamente útil. Pero ¿exportaron los fenicios hierro a Occidente? A nuestro juicio probablemente no. Siempre nos ha preocupado la mención bíblica «Tharsis pagaba “tus manufacturas” (productos) con plata, hierro, estaño y plomo» (Ez. 27.12). Esa mención concreta tiene aquí gran interés. Si el hierro se equipara a otras riquezas como la plata y el estaño es que para los fenicios se había convertido en una «riqueza convencional». No se exportaba (como hacían los griegos), se importaba a cambio de productos fenicios de la metrópoli. Pero al propio tiempo si los fenicios importaban hierro del occidente es que en el occidente meridional se producía (por lo menos lingotes). ¿Desde cuándo?

Recordaremos ahora que en el primer milenio era la isla de Elba en el Mar Tirreno el centro más potente de producción de hierro y al mismo tiempo el gran centro exportador. Su comercialización proporciona grandes riquezas a la ciudad de Populonia y esa ciudad se menciona siempre en relación con el hierro. Su patrón será precisamente una Hefastos sobre cuyo origen no vamos ahora a insistir.

Es interesante plantear aquí si el hierro que importaban los fenicios era realmente adquirido en el lejano oeste (Tharsis) o era simplemente un material que traían de regreso los barcos fenicios y que podían haberse procurado en cualquier escala.

En principio nada se opone a la posibilidad de que pueda atribuirse a los fenicios la introducción del hierro en el sur de España. Pese a la supervaloración actual del impacto semita e incluso la posible (no segura) presencia de divinidades protectores de la metalurgia como dioses herreros o dioses fundidores, etc. Sin embargo resulta hasta cierto punto paradójico que los fenicios exportaran hierro a unos territorios de los que aceptaban hierro como pago de sus mercancías.

De no ser los fenicios los primeros introductores del hierro en el sur, no hierro manufacturado que siempre es presumible, sino la tecnología y estímulo de su fabricación, cabría pensar si el hierro llegó a Andalucía por otro tipo de relaciones mediterráneas anteriores o coetáneas a los mismos fenicios como pudieran ser los etruscos o las navegaciones tartesias occidentales. ¿O de la meseta, por expansión de los complejos célticos de la Meseta Norte?

Si llegó por vía marítima queremos recordar que la tradición mítica menciona los contactos de Tartessos con Cerdeña rica zona minera. Que el mito de Norax no es pura invención lo demuestra la Arqueología con los hallazgos de Bronces occidentales (Formentera, Cerdeña misma) y probablemente esa ruta tiene un

largo antecedente que podría remontarse a la misma época aquea, pues Cerdeña es visitada por el mundo micénico. El tema no ha sido investigado con la intensidad necesaria pero no debe descartarse el contacto micénico incluso con el lejano occidente y desde luego el conocimiento bien documentado por lo menos, del primer sector de la ruta de las islas Sicilia Cerdeña que luego siguen también los fenicios hacia occidente (Balears y Sudeste hacia el Estrecho).

Si hoy se admite una cronología bien apoyada arqueológicamente para la presencia de fenicios en el sur de España desde el siglo VIII (que no creemos sea la inicial pues somos decididamente partidarios del máximo respeto para la tradición histórica tradicional) las relaciones con Cerdeña deberían remontarse por lo menos al siglo IX. Es precisamente la época atribuida a la talasocracia rodia y esos griegos del Este tan íntimamente conectados con los fenicios utilizan precisamente la ruta micénica de las islas (Cerdeña-Balears).

Los hallazgos de hierro efectuados en la necrópolis Laurita de Almuñécar (aunque siempre escaso) permiten considerar que desde comienzos del siglo VII (Tumba 19) el hierro es utilizado. Queda aparte el problema de la presencia de dos piezas de hierro en el tesoro de Villena difíciles de relacionar con la problemática general del hierro. Recordemos sin embargo que su no utilización en ajuares funerarios implique necesariamente su desconocimiento. Que a partir del siglo VII el hierro se ha difundido por todo el mediodía parece aceptable. Su no utilización regular en las necrópolis no es un hecho raro si se trata de una materia objeto de exportación con valor contable.

Para nosotros resulta muy probable que el hierro y en concreto el estímulo que llevará a la aparición de una metalurgia concreta en Andalucía puede proceder del mundo etrusco directamente. La existencia de un foco metalúrgico importante en época avanzada en Málaga no lo contradice.

En definitiva remontar el siglo VII para la gran difusión de la metalurgia del hierro no parece fácil. Si el hierro llegó a la Meseta desde el sur necesariamente deberá estar ligada a la extensión del comercio orientalizante de mercancías de lujo hacia el Guadiana y Tajo, y hay que recordar que ese momento orientalizante corresponde a un momento muy avanzado del siglo VII si es que no es del VI pues prueba cronológica firme no la hay ya que toda la valoración actual se basa precisamente en consideraciones estilísticas poco fijas.

Los fenicios compraban hierro no vendían y no puede descartarse el interés que tuvo para los comerciantes meridionales entrar en contacto, aunque fuera en un momento avanzado, con grupos de pueblos que ya en el siglo VI producían hierro en la propia Meseta, los paleoceltíberos. No puede rechazarse que muchas poblaciones hoy encuadradas aun dentro de la Edad del Bronce podían utilizar algún objeto de hierro adquirido en el norte en el valle del Ebro o más lejos aún puesto que aún sin hablar de invasiones, las relaciones y contactos con el norte del Pirineo se documentan bien.

La producción del hierro, no simplemente su uso alcanzó rápidamente en toda la meseta un amplio desarrollo. Es raro el castro o poblado en el que no puedan documentarse abundancia de escorias, pero fijar las etapas y evolución de esas producciones requiere aún una intensísima labor de investigación con la exigencia de análisis.

Hemos observado en repetidas excavaciones que la industria de hierro utiliza por lo menos dos técnicas distintas puesto que los objetos que aparecen ofrecen grandes variaciones. No sabemos aun si esas son debidas al tipo de mineral utilizado y a sus posibilidades, o si se trata de procedimientos distintos. El hierro celtibérico de la Meseta y también gran parte del hierro de la cuenca del Ebro parece corresponder a una técnica de forja y el resultado es un hierro laminar. Otras veces el hierro se transforma en núcleos pulvulentos con aspecto de limonitas que no nos parece que debe atribuirse a yacimientos en terrenos graníticos. Sobre esos temas hemos iniciado últimamente estudios muy concretos cuyos resultados no son aun utilizables en problemas generales como los que aquí planteamos.

Como resumen provisional creemos más probable que el hierro alcance la Meseta norte a partir del valle del Ebro que del valle del Guadalquivir y que la propia producción en la misma Meseta se iniciaría muy poco después de su primera introducción en los frentes marítimos mediterráneos salvando siempre la posibilidad de objetos manufacturados. La presencia de dioses metalúrgicos no puede tomarse en cuenta para el problema que nos ocupa puesto que dioses forjadores existen tanto en el mundo fenicio como en el griego, etrusco o celta.